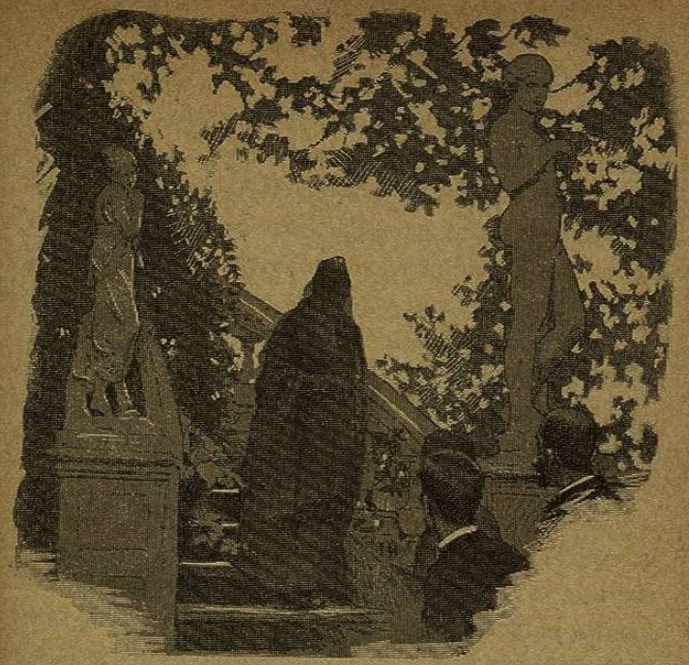

VII

DISPENSE usted, señorita, si la molesto; pero en el salón esperan unos amigos de mi general, que llegan de Versalles conducidos por el señor de Guessaint.

Mario hacía aquella advertencia á su ama, que, sumida en profunda meditación en el despacho de su padre, olvidábalo todo.

—Gracias, amigo mío—contestó;—voy un momento á mi habitación y bajaré en seguida.

Si Faustina no hubiera estado del todo entregada á sus recuerdos, no habría podido menos de fijar su atención en el singular aspecto de Mario: sus dientes se entrechocaban; una palidez verdosa desfiguraba casi sus enérgicas facciones; y á intervalos apoyábase contra un mueble cual si temiera caer. Y era que ya conocía en toda su extensión el desastre que acababa de herir á la familia de Bressier, desastre que Faustina ignoraba aún. Á Mario le pareció ya muy extraña el día anterior la prolongada ausencia de Esteban, y al reflexionar sobre ella parecíale un funesto augurio. Conocía al capitán, alegre, buen hijo, pero ante todo puntual en el servicio y dócil con sus jefes. ¿Cómo admitir que semejante oficial, disfrutando sólo de algunas horas de licencia, permaneciera ausente doble tiempo? ¿Había intentado ir á ver á su padre en el puente de Courbevoie? Esto era inadmisible, porque el general hubiera dicho al punto á su hijo: «No olvides tu deber». No, Esteban corría un peligro.

Durante la noche, el veterano volvía y revolvía la misma idea en su cerebro, acosado sin cesar de un terror indecible; y llegada la mañana corrió á Versalles sin decir una palabra á nadie. A toda costa quería saber la verdad, é iba á saberla en todo su horror. Habiéndose acostado muy temprano la víspera, antes de la llegada del señor de Guessaint, emprendió la marcha cuando nadie se había levantado aún; bien es verdad que no habitaba en el castillo mismo, sino en

aquel pequeño pabellón de guarda, donde Nelly y Faustina le hallaron cuando Francisca estaba desvanecida en el foso. Al salir del castillo ignoraba, pues, la muerte de su general, y la supo al llegar al cuartel del Estado mayor. Un conserje, antiguo sargento, acercóse á Mario y le dijo:

—¡Ah! ¡cómo te compadezco, compañero!

—¿Cómo? ¿Qué ocurre?

—¿No lo sabes? Tu amo...

—¿El capitán?

—¡Ay! ¡los dos, pobre viejo!

Mario cayó en tierra sin sentido, como el buey que acaba de recibir el golpe de mazo en la cabeza. Apenas eran las seis de la mañana, y ya el patio se llenaba de oficiales, de correos y de soldados que iban y venían; era todo el movimiento de una ciudad en tiempo de guerra, cuando el enemigo está á las puertas y se lucha todos los días, volviendo á comenzar el peligro por la noche. Sabíase ya la espantosa desgracia: el general de Bressier, muerto por el enemigo, y su hijo, el capitán, fusilado en un bosque. El sargento condujo á Mario á la portería y prodigóle las mayores atenciones para hacerle volver en sí; al cabo de un cuarto de hora, Mario abrió los ojos, y entonces refiriéronle la trágica aventura. El padre había muerto gloriosamente de un balazo en el pecho cuando conducía al fuego á sus soldados vacilantes y perturbados. El hijo había perdido la vida miserablemente en una emboscada.

Un centinela de las avanzadas había visto de pronto, en el momento de salir el sol, una sombra que corría

hacia la plaze; díola el «¡quién vive!» y disparó su fusil. El desconocido emprendió la fuga, siguiéndole de cerca diez ó doce hombres; alcanzáronle muy pronto, y preguntado quién era, contestó que se llamaba José Larcher y que pertenecía á la Comuna. Después refirió una historia muy extraña. Según dijo, unos sesenta guardias nacionales se ocultaban en los bosques, á corta distancia de allí, y tenían prisionero á un capitán de húsares. José Larcher iba de parte de sus compañeros á proponer un cange; los comunistas respetarían al oficial; pero en cambio querían que se les perdonara la vida. El infeliz mezclaba en su relato interjecciones cómicas y frases entrecortadas que revelaban un terror bestial; dijo que no era un mal hombre; que tenía el oficio de ebanista; que hubiera preferido permanecer tranquilo si le hubiesen dejado, pero que le obligaron á ir con los demás; y que se le podía creer bajo su palabra. Sus compañeros y él pedían tan sólo que no se les fusilara, y esto sería fácil de conceder, puesto que entregarían al prisionero vivo.

El capitán que mandaba la guardia escuchó atentamente el relato confuso y embrollado del guardia nacional: evidentemente aquel hombre no mentía; y en todo caso, se practicaría un reconocimiento hacia el bosque indicado por José Larcher. El obrero ebanista no pensó en pedir al oficial su palabra de honor de que se respetaría la vida de sus compañeros, pues sólo quería salvar la suya; y así fué cómo una compañía de línea se puso en marcha acto continuo para librar á Esteban. ¿Qué sucedió después? No se sabía.

Suponíase que algunos soldados, olvidando la consigna, habían hecho fuego los primeros sobre los guardias nacionales, quienes sobrecogidos de un pánico y creyéndose vendidos, mataron al prisionero después de maltratarlo, agobiándole de ultrajes. Cuando el capitán del destacamento de línea fué dueño del bosque, halló el cuerpo de Esteban de Bressier acribillado á balazos y ya hinchado; el rostro estaba lleno de magulladuras, sin duda por los golpes que le habían descargado con las culatas de los fusiles, pero aún conservaba una expresión de furiosa cólera. Los soldados, al ver esto, pasaron á cuchillo á cuantos cayeron bajo sus manos, y sólo unos pocos guardias nacionales pudieron escapar, huyendo á derecha é izquierda como una bandada de perdices.

Al oir las primeras palabras de este lúgubre relato, Mario comenzó á llorar; pero poco á poco reprimió sus lágrimas; apretó los puños con rabia y levantó los brazos, poseído de cólera, haciendo ademanes de amenaza. Aquel campesino, arrancado de su pueblo para servir á la patria; aquel hijo de los antiguos siervos, cuya limitada inteligencia no concebía ninguna de las ideas de su época; aquel simple soldado que había obtenido el grado de alférez al cabo de tantos años de buena conducta, después de muchos actos de valor; aquel hijo del pueblo, en fin, experimentaba en aquel momento una impresión bien extraña para un hombre como él: veía extinguido para siempre el nombre de Bressier, que á sus ojos se aparecía con una aureola de gloria.

Sin embargo, en el Estado Mayor se conocían las intenciones de la señorita de Bressier; sabíase que el servicio fúnebre del general se efectuaría en el castillo de Chavry, y sus compañeros de armas que estaban en Versalles, así como varios amigos, proponíanse asistir. Faltaba resolver una cuestión grave, sobre la cual el señor de Rentz, comandante de la plaza, pidió parecer al señor de Guessaint. ¿Se celebrarían los dos servicios al mismo tiempo, ó convendría ocultar á Faustina, durante algunos días, la muerte de su hermano? El señor de Guessaint no vaciló, pues recordaba la desesperación de la joven, tanto más violenta cuanto más concentrada fué; y opinó que anunciarle la muerte de Esteban sería quebrantarla por completo, ocasionándole tal vez la muerte.

—¿Qué hacer entonces?—preguntó el señor de Rentz.—La señorita de Bressier extrañará la ausencia de su hermano en semejante momento.

—Mentiremos, mi general, y usted me ayudará.

—De buena gana; pero ¿cómo?

—¿No irá usted al castillo para la misa?

—Seguramente. Ya he dado las órdenes. Sé que mi pobre compañero no era aficionado á los entierros oficiales; pero quiero que algunos soldados, cuando menos, saluden el ataúd de su jefe. Ya se han puesto en marcha para Chavry un batallón de línea y un escuadrón de artillería; el cadáver se transportará en la cureña de un cañón.

—¿No puede usted decir á mi prima que ayer se confió una misión especial al capitán Bressier? Yo le

explicaré que no se ha tenido tiempo de llamarle por telégrafo.

—Muy bien.

—De este modo estará ignorante del hecho al menos durante una semana. Yo la acostumbraré poco á poco á esa desgracia, y cuando se la revele, ya tendrá suficiente fuerza para soportar este golpe.

—¿No le parecerá inverosímil esta fábula?

—No, mi general; los seres muy desgraciados son siempre crédulos.

En el ejército querían mucho á la familia de Bressier, y todos supieron muy pronto lo que habían resuelto el general de Rentz y el señor de Guessaint: Faustina ignoraba y debía ignorar la muerte de su hermano. Cuando Mario dijo á la joven que llegaban varias personas, los jardines y el parque se llenaban ya de gente; no sólo ocupaban su puesto las tropas enviadas, sino también los oficiales del general. Los variados uniformes se destacaban sobre el verde césped de los prados, contrastando sus vivos colores con el del follaje de los árboles; la infantería de línea, formando tres filas, ocupaba los dos lados de la alameda; los oficiales de las otras armas, generales y coroneles, agrupábanse á derecha é izquierda del castillo; y el señor de Guessaint, con Nelly á su lado, recibía en el pórtico. De repente presentóse Faustina de Bressier, cubierta de un largo velo negro que apenas ocultaba su palidez; y en aquellas altivas facciones leíase tanto dolor, tal sufrimiento en los ojos brillantes de la joven, que ya no podían llorar, que al punto circuló un mur-

mullo de emoción en la multitud allí reunida. Todos se descubrieron para saludar á la hija y á la hermana de dos soldados muertos por la patria.

Un momento después oyóse de pronto en el camino una orden dada con voz breve; resonaron los cascos de los caballos, el ruido sordo de los furgones que rueda, y por la verja vióse penetrar un cañón que avanzaba lentamente, llevando en la cureña un ataúd cubierto con la bandera tricolor; detrás iban artilleros montados, conduciendo otras piezas, cuyas bocas de bronce, vueltas hacia la campiña, estaban aquel dia mudas; el general que mandaba levantó su espada, á cuya señal resonaron los clarines y tambores: el que había muerto como soldado tuvo los funerales de tal.

La misa fué muy corta, pues los asistentes no querían ser importunos, y todo el mundo comprendía que la señorita de Bressier deseaba estar sola. Los generales y oficiales fueron á saludar, unos después de otros, á la hija de su compañero de armas; un dolor sordo anublaba aquellas frentes; la piadosa mentira con que se engañaba á la joven pesaba sobre todas las conciencias. El señor de Rentz se sonrojó á pesar suyo al decir que había enviado al capitán Bressier á Niçort el día antes para una remonta de caballos. Aquella desgraciada huérfana inspiraba compasión por la doble pérdida que acababa de sufrir; guardábase el secreto; pero todos estaban cruelmente conmovidos.

A eso de las dos, el castillo volvía á quedar solitario. Faustina rogó al señor de Guessaint que la acompañase al taller; y como Nelly se alejara, su amiga le dijo:

—Deseo que te quedes; en ausencia de mi hermano, tú eres la que representas á toda mi familia. ¿No eres también mi hermana?

Cuando los tres estuvieron reunidos, la señorita de Bressier leyó á su primo el testamento del general.

—He deseado—dijo—que tomaras conocimiento de las últimas voluntades de mi padre, y añadiré que estoy dispuesta á respetarlas. Mentiría si dijese que te amo, Enrique; pero quisiera amarte, porque mi padre te apreciaba, lo cual basta para que yo experimente un sentimiento semejante al suyo. Deseaba que fueras mi esposo: cúmplase su voluntad.

—Prima mía.....—balbuceó Enrique.

Faustina le tendió la mano.

—Te prometo—dijo—ser esposa fiel. Hasta la vista, primo; deseo que por hoy me dejes sola. Más tarde, siempre que vengas á verme, estarás en tu casa.

El señor de Guessaint hubiera querido expresar su agradecimiento de una manera elocuente; pero en realidad no hallaba una sola palabra; el exceso de su dicha hacíale enmudecer; y no sabiendo qué decir á Faustina antes de retirarse, salió sin pronunciar palabra.

—¿Con que estás resuelta?—preguntó Nelly.

—Mi padre lo quería—murmuró la señorita de Bressier.

Nelly dejó escapar un suspiro muy significativo.

—Vamos—dijo—serás la señora de Guessaint. ¡Ah! ¡no es eso lo que yo soñaba para ti!

—Yo también esperaba otra existencia—repuso Faustina lentamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y enjugó las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—Mejor hubiera querido no separarme nunca de mi padre, no contraer matrimonio, y vivir siempre junto al heroico soldado..... Esteban ha de ir siempre lejos, y no habría podido ser, como yo, para el general, un compañero continuo. Tú no nos habrías abandonado tampoco, Nelly; tu alegría, tan franca, hubiera sido la sonrisa de nuestro hogar, y mi padre habría envejecido con nosotras dos, con su hija y con la que casi lo es...

Nelly estrechó en sus brazos á Faustina.

—¡Aún lloras—le dijo—pobre amiga mía!

—¡Ay de mí! ¡nunca lloraré bastante al que he perdido!

—¿Quieres prometerme una cosa?

—¿Cuál?

—Que en adelante será como si tu padre viviese. Vas á tener esposo; para él no seré más que una extraña, y querrá separarnos, porque los hombres tienen á veces ideas extravagantes. Júrame que rehusarás; ya hace muchos años que vivimos como dos hermanas, y yo quisiera que el porvenir fuese como el pasado.

Faustina cogió las manos de Nelly y miróla tiernamente.

—Era la voluntad de mi padre—dijo—y la respetaré como todas las demás; sea rica ó pobre, nunca te abandonaré; mi casa será siempre la tuya; hermanas hemos sido, y hermanas seremos.

—Me haces feliz, amiga mía.

—¿Quién sabe? Tal vez seas tú la que algún día deseará separarse de mí; tienes diez y seis años; eres hermosa y rica; amarás y serás amada; y entonces, el destino romperá fatalmente el lazo que nos une.

El rostro de Nelly tomó una expresión grave.

—Te engañas, Faustina—dijo;—jamás me casaré. A primera vista diríase que no reflexiono mucho, pero en el fondo tengo mucha formalidad. Soy huérfana, y mi familia se compone de una sola persona: tú. ¿Para qué había de buscar otra? Sé que á los diez y siete años no se debe decir lo que se hará ó no se hará; pero ambas nos adelantamos á nuestra edad, porque el dolor nos ha madurado, sometiéndonos á pruebas que las demás jóvenes ignoran siempre. Tú no olvidarás nunca este día, en el que pierdes uno de los seres que más amaste; yo no le olvidaré tampoco: acabas de permitirme que sea siempre tu hermana, y por lo tanto no debemos separarnos nunca.

Las dos amigas se abrazaron de nuevo: en aquella hora terrible de su vida, la señorita de Bressier, aunque aniquilada, reanimábase al sentir junto á sí el ardiente y sincero cariño de Nelly. Cuando se ha perdido un sér amado, parece que en el corazón queda un profundo vacío, y que nada lo colmará jamás; pero la naturaleza, siempre joven, compadécese á veces de los sufrimientos que impone; y junto á una ternura perdida hace nacer otra nueva.

—Puesto que somos hermanas—continuó Nelly—permíteme ser la mayor de vez en cuando: tú necesitas aire y sol; cógete de mi brazo y vamos al parque.

—Te ruego que...

—No ruegues, porque será inútil. Estoy resuelta á no escucharte; si te quedas en el taller, ó subes á tu habitación, te absorberás en tus reflexiones, padecerás y llorarás.

—Tú quieres...

—Quiero que hagas ejercicio, que salgas conmigo. Mira á Odín, que ronda alrededor del taller, observándonos con expresión de tristeza, cual si creyese que le olvidamos.

La tarde estaba serena; ocultábase el sol entre las nubes, y sobre los árboles parecía extenderse un tinte agrisado; el tiempo era delicioso para recorrer el parque; pero ¿qué le importaba esto á Faustina? Obedecía á Nelly, cuando hubiera preferido echarse á llorar á su gusto. Esto era precisamente lo que su amiga quería evitar, sabiendo que es necesario sacudir con violencia un dolor profundo, y esperaba distraer á la señorita de Bressier con su viva conversación. Las dos jóvenes se internaron en la espesura sombría, siguiendo los sinuosos senderos que se entrecortaban, y precedidas de Odín, que saltaba junto á ellas. Nelly volvió á su idea fija.

—¡Casarte!—exclamó—sin duda deseaba que te casases, pero yo soñaba para ti un príncipe encantador, porque tú eres á mis ojos el bello ideal de la joven. No te ruborices, porque es del todo inútil. Yo pensaba que tú te unirías con un hermoso joven, locamente enamorado...

—¡Nelly!

—No me riñas. Tu pobre padre lo ha resuelto de otro modo; todo cuanto hizo está bien hecho. No creas, sin embargo, que no sienta yo también esa irreparable pérdida; estoy sola en el mundo, y si tengo una amiga como tú, es porque él me abrió á la vez su casa y sus brazos. Por lo mismo la ternura que me inspiras es debida en parte al agradecimiento; y si te hablo del príncipe encantador, es porque desearía para ti todas las felicidades. ¡Cuánto no daría por evitarte una lágrima!

—Amada mía...

Cogidas de la cintura, aquellas dos hermosas jóvenes avanzaban lentamente por el parque. Al hacerlas casi semejantes, la naturaleza parecía haber querido reunir dos bellezas angelicales. Faustina y Nelly paseaban hacía media hora, cuando esta última dijo de pronto:

—¿Estás segura que no nos hemos extraviado? Este parque es tan grande, que siempre temo perderme.

—No—repuso la señorita de Bresier—no es fácil perderse con Odín: ahí tienes el foso á pocos pasos; basta seguirle para llegar á la verja.

Las jóvenes tomaban un nuevo sendero, cuando Odín dejó escapar un prolongado aullido; en el camino apareció un hombre, que salía del foso ayudándose con las manos; pero en vez de mantenerse en pie, miraba á derecha é izquierda, espiando con aire inquieto.

A la distancia que estaba, las jóvenes le veían mal; pero su primer sentimiento fué el temor: aquel hombre

parecía un vagabundo, poco deseoso de encontrar á nadie.

—¡Aquí, Odín!—dijo Faustina con voz breve.

El perro corrió hacia su ama.

—Felizmente, el foso nos protege—murmuró Nelly—porque ese individuo no promete nada bueno.

En aquel momento llegaban á la verja abierta y el hombre las vió: estaba de pie en medio del camino, cruzados los brazos, con expresión de profundo desaliento; pero de pronto hizo un brusco ademán, cual si tomase una resolución, y franqueando la verja, dirigióse a Faustina.

VIII

DURANTE el furioso ataque de los soldados de línea, Pedro se había defendido vigorosamente; pero la lucha no fué larga: al cabo de media hora reinaba lúgubre silencio en aquel bosque convertido en cementerio; sólo algunos hombres habían podido escapar, y entre ellos el marido de Francisca, á quien no se persiguió porque queríase ante todo encontrar al prisionero vivo aún.

Durante toda la tarde Pedro permaneció oculto detrás de un árbol, agachado entre la espesura: cuando las sombras comenzaron á extenderse por el llano asomó la cabeza, mirando y acechando, pero sin ver á nadie; no se divisaba la menor sombra sospechosa